

VIERNES

¡Por fin es viernes! Y durante los últimos dos meses la llegada del viernes significa presión sobre mí. Suelo empezar a sentirla a partir de las once de la mañana cuando todos los compañeros de la oficina han retornado a su puesto de trabajo tras el almuerzo y comienzan a darse cuenta de que sus tareas deben ser acabadas antes de las 15 horas. La plantilla ha sido recortada por culpa de la crisis. El trabajo se acumula y muchos expedientes deben ser tramitados antes de que termine la semana. Pero nadie quiere llevarse trabajo a casa. Todo el mundo tiene compromisos familiares o necesita descansar. Y ven en mí la persona que puede solucionarles esto.

El primer indicio de esta presión me llega cuando me acercó a la vieja expendedora de café de la oficina. Se trata solo de una mirada, un guiño de ojos apenas entrevisto, un atisbo de complicidad de Mayte Campillos, la abogada de la oficina. "¿Vas a hacerlo hoy?", parece preguntarme con su silencioso gesto. Yo le sonríó mientras tomo un café descafeinado. A estas horas del día ya corretea por mis venas el doble de la dosis de cafeína que me permite la doctora Sánchez.

Trabajo un rato en el expediente 438/2016. Se trata de un verdadero laberinto legal que me temo que no tiene salida. Debo de terminar su análisis hoy pues el plazo que me han marcado desde arriba para su tramitación finaliza el lunes.

Me levanto para ir al servicio. En mi trayecto hacia el aseo observo a varias personas que a mi paso despegan la vista de las pantallas en las que trabajan. Sus miradas son de súplica pues no creo que estén preocupadas por mis incipientes problemas de próstata.

Al volver a mi mesa compruebo que alguien ha dejado allí unas pajaritas hechas de papel: dos grandes y seis pequeñas. La más diminuta tiene una de las alas rota. Sin duda son obra del bueno de Antonio Vázquez, gran aficionado a la papiroflexia. Tiene seis hijos y el pequeño está ingresado en el hospital. Nada grave pero con tanto niño en casa cualquier problema se le debe convertir en una montaña.

Entiendo su indirecta pero yo no puedo realizar todos los viernes lo que me está pidiendo. Es perjudicial para mi salud. La presión arterial me da bastantes problemas y sufro mucho cuando llevo a cabo mi particular milagro. He decidido que esta semana no lo voy a hacer. Lo siento mucho por mis compañeros.

A las 14:18 se acerca a mi mesa Lucas Esteso. Es el que tiene más jeta de la oficina. Llega siempre una hora tarde y se va siempre el primero. Y es el líder en escaqueo y bajas médicas extrañas. ¿Qué quiere este tío? No creo que sea la persona adecuada para convencerme. Pero no viene a pedirme nada sino a encasquetarme su expediente. ¡Se va a casa temprano porque se encuentra mal!...Lleva 72 viernes consecutivos yéndose a casa antes de la hora. Ha establecido sin duda un nuevo récord del mundo. Me doy cuenta de que yo tampoco voy a terminar la faena a tiempo.

A las 14:22 Alicia Martínez se sienta a mi lado. Se terminaron las sutilezas y da comienzo la presión directa. Me cuenta sus problemas con el expediente 932/2015. Debería haberse terminado su tramitación el año pasado pero ya ha pasado por diferentes departamentos y nadie quiere enfrentarse a él. Es una verdadera patata caliente. Se queja amargamente de que siempre le caen a ella los expedientes más complejos. Una especie de ley de Murphy que le persigue desde que le nombraron funcionaria de carrera. Además, su hijo padece síndrome de Down y este fin de semana tiene previsto acudir con él y otros niños que padecen la misma enfermedad a unas jornadas de convivencia en la montaña.

— No puedo llevarme trabajo a casa —me lloriquea—. Esta semana, no.

No me cuenta el resto de sus problemas pero yo los conozco de sobra. Su marido le abandonó y se largó a vivir a Londres donde le había surgido un trabajo irrenunciable...casualmente meses después de nacer el niño enfermo. ¡Cobarde!

Alicia me plantifica un beso en la boca y se aleja en dirección a su mesa de trabajo. No sé si ha sido un intento de seducirme, una muestra de cariño o forma parte de la presión psicológica a la que me ha sometido.

Echo un vistazo alrededor de mí y observo que la mitad de mis compañeros me ponen "ojos de gatito". No es necesario que se acerquen a contarme sus problemas pues sé muy bien lo que quieren.

14:25. Claudico. A mí no me importa llevarme trabajo a casa pero, ¡son mis compañeros! Extraigo de un bolsillo de la americana la caja de pastillas que me recetó la doctora Sánchez para controlar las subidas de tensión que sufro últimamente. Saco también una píldora que sirve para prevenir mi pertinaz alergia primaveral. Estos medicamentos cuando se mezclan en mi estómago y se ponen en contacto con algún tipo de flora bacteriana que pulula en mi organismo son los causantes del fenómeno temporal que mis compañeros denominan "el milagro de Luis".

Allá voy otra vez. No sé si mi salud lo soportará. Me trago los medicamentos. Siento un sabor amargo en mi boca, una lejana protesta en mi estómago, el eco de un murmullo en la oficina. Y de pronto ocurre lo que mis compañeros esperan tan ansiosamente: el tiempo se detiene.

Todo el mundo está pendiente del reloj digital que domina la pared más amplia de la oficina. Cuando se dan cuenta de que se ha parado comienzan a trabajar a gran velocidad como si el cansancio acumulado en lo que llevamos de jornada no existiese. Saben que no puedo aguantar eternamente en ese estado. Los expedientes vuelan de un sitio a otro. Mi leal Lucía García termina pronto los suyos y se pone a hacer mi faena. ¡Bien por ella!

Mientras tanto, las células de mi cuerpo luchan, se rebelan contra la antinatural parada del tiempo.

— ¡Aguanta un poco más, Luis! — me digo a mi mismo para animarme.

Transcurre una hora que en realidad no ha transcurrido. Luego otra más. Ya no lo soporto. Cuando estoy a punto de desmayarme y de caer al suelo agotado, Lucía y Antonio me agarran, esperan unos instantes a que me recupere y me acercan un vaso de agua. Una salva de aplausos y vítores me insufla nuevas fuerzas y me sacan del trance.

Tic-tac, tic-tac...El tiempo vuelve a fluir normalmente. Quedan veinte minutos para las 15:00.

Lo conseguimos. Como buenos funcionarios salimos de la oficina antes de que se cumpla nuestra jornada laboral. Nadie se lleva trabajo a casa.

Un viandante nos chilla y nos increpa cuando nos ve salir diez minutos antes de la hora:

— ¡Funcionarios, hatajo de vagos!

Nosotros sonreímos y no replicamos ante la pulla lanzada. ¡Por fin ha llegado el fin de semana!

El milagro de Luis. Otra semana más lo he logrado.

—No volveré a realizarlo más— pienso en voz alta, aun sabiendo que mis compañeros lograrán convencerme de nuevo dentro de siete días.

El ladrón de vidas

Mi vida era normal. Había estudiado medicina en una prestigiosa universidad y me había graduado con unas calificaciones bastante buenas, por no decir excelentes. No es de extrañar, pues, que acabara trabajando en uno de los mejores hospitales del país. Hasta aquí todo bastante normal, creo yo. Todo siguió más o menos igual durante un corto período de tiempo, unas dos o tres semanas o así. ¿Qué pasó? Sencillo. Mi primera operación.

No fue nada demasiado grave, una apendicitis. Nada de vida o muerte. Lo grave fue lo que ocurrió cuando salí del quirófano. Una figura envuelta en una capa negra, con una capucha también negra echada sobre la cabeza, se encontraba en el pasillo. No había nadie más. El encapuchado estaba apoyando la espalda contra la pared, mirando al suelo. Parecía que me estaba esperando; ya que, en cuanto cerré la puerta, levantó la cabeza. Su cara estaba velada por las sombras que producía la capucha, aunque alcanzaba a ver unos labios finos, rodeados de piel blanca como la nieve, en los que se dibujaba una sonrisilla irónica. Pude sentir como clavaba su mirada en mí durante unos segundos que se me hicieron eternos. Tras eso, bajó de nuevo la cabeza, la agitó en un gesto de desaprobación y murmuró con voz femenina:

-Luego resulta que la ladrona soy yo.

Lo dijo como si resultara gracioso, pero me pareció que me reprochaba algo, cosa que no entendía, ya que era la primera vez que veía a esa mujer. La vi andar por el pasillo y desaparecer por una puerta del fondo. Solo pude reaccionar cuando mis compañeros pasaron a mi lado, llenando el silencio del pasillo con su conversación. Corrí hasta llegar a la puerta por la que había desaparecido la mujer y cuando la abrí, no había nada. Ni siquiera una salida. Me pasé una mano por la cara, intentando convencerme de que los nervios me habían jugado una mala pasada, intentando creer que lo que había visto no era real. Sin embargo, no podía, sentía que me estaba engañando a mí mismo.

Me gustaría poder decir que no volví a ver a esa extraña mujer. Estaría mintiendo si dijera eso. La siguiente vez que apareció en mi vida fue en una situación parecida a la anterior, tras una operación. Esta vez, la operación había sido más relevante. Trasplante de riñón. Mejoraría mucho la calidad de vida del paciente. La mujer me estaba esperando nuevamente en el pasillo. Tenía la misma sonrisa.

-Vaya, nuestro pequeño ladrón sigue robando. Alguien debería castigarle.

La sonrisa desapareció de su cara y su tono se volvió severo cuando siguió hablando:

-Recuperaré lo que me has robado.

Sacó su mano de dentro de las profundidades de su capa, hizo un extraño gesto con ella y desapareció. Parpadeé un par de veces por la sorpresa. Me acerqué al lugar donde había estado la mujer. No había absolutamente nada.

Aquella noche volví a mi casa con los nervios a flor de piel. La verdad era que estaba muy alterado por el encuentro con la encapuchada. Me había preguntado quién era ella, pero estaba empezando a pensar, que la pregunta correcta no era *qué* sino *quién*.

Me costó conciliar el sueño, por lo que dormí poco y mal; todo ello cortesía de la dama de negro. Al mirarme en el espejo la mañana siguiente, vi que tenía profundas ojeras. Me lavé la cara con agua fría para despejarme y al volver a levantar la mirada me pareció ver una cana entre mi pelo oscuro. ¿Una cana? Definitivamente estaba agotado. ¿Cómo iba a tener una cana? No llegaba siquiera a los treinta. Decidí quedarme todo el día descansando en mi casa, en vez de dar el paseo que había planeado. Necesitaba dormir un poco.

La extraña mujer seguía visitándome, aunque no volvió a hablarme. Siempre aparecía después de una operación. Siempre después de que ayudaba a alguien en un quirófano. Me planteé seriamente hablar con alguien del tema, pero no quería que me tomaran por loco.

Al principio todo seguía igual. Según pasaba el tiempo, me di cuenta de que algo estaba cambiando. No eran cosas muy importantes, alguna cana por aquí y por allá, me encontraba algo cansado... Luego fue a peor. Mi pelo perdió su color oscuro, para dar paso al blanco. Sentía que cada vez tenía menos fuerza. Mi rostro fue perdiendo el color. Mi piel se llenó de arrugas. Como si mi vida estuviera pasando demasiado deprisa. Como si el tiempo hubiera pasado demasiado rápido para mí. Aunque nadie más que yo parecía darse cuenta.

Tres (¿tal vez cuatro?) meses después sentía que no podía ni con mi alma. No sé de donde saque fuerzas para acudir a realizar la que sería mi última operación. La operación salió perfecta; pero, como no, la mujer me esperaba en el pasillo. Sus labios delataban que verme así la divertía.

-Te dije que recuperarías lo que me habías robado. Veo que no aprendiste la lección, y has pagado por tus crímenes.

No sabía de qué hablaba. Esperaba que volviera a desaparecer misteriosamente. Sin embargo, no se movió, como si esperara algo. Al final me decidí a hablar, entre jadeos.

-¿Qué...quién es usted?

-¿No lo sabes todavía? Pensaba que eras más listo- la mujer sacudió la cabeza a modo de desaprobación. Su tono se endureció cuando siguió hablando. -Yo soy la Muerte, la Parca, la Dama del Tiempo, la señora del Inframundo. Vengo a acabar de recuperar lo que es mío y me has quitado.

-¿Qué... qué os he... quitado yo a vos?

-Me robaste tiempo para esas personas a las que curaste. Me arrebatabas las vidas de los pacientes a los que operabas. Ya no te queda tiempo que darme. Ahora morirás.

Estiró su mano hacia mí, y cuando me tocó la frente, creo que realmente morí, no recuerdo más...

LA BIBLIOTECA ENCANTADA

Hola, me llamo Miranda, tengo once años. Mi padre se llama Pedro, mi madre Serena y mi único hermano, Jorge, tiene trece años. Aunque soy un poco despistada, todavía me acuerdo de una anécdota de cuando tenía ocho años, y me gustaría contársela en este mismo instante. Bueno, empiezo.

Yo soy una niña de leer, ¡me encantan los libros!, y por eso iba mucho a la biblioteca. Normalmente me acompañaban mis padres, pero un día nos castigaron a mi hermano y a mí por dejar la cocina patas arriba mientras ellos se echaban la siesta. Es normal que se enfadaran, porque rompimos el jarrón de su boda. Lo hicimos sin querer, jugando a baloncesto en la cocina. A mí, al sacar los macarrones del microondas se me cayeron al suelo, ¡pero eran los de mi hermano!, ¡encima que se los saco!... Pero igualmente me llevé yo más bronca... Y eso es lo que sucedió, es normal que nos castigaran.

Como sabréis, los martes eran los días que íbamos a la biblioteca y ese día, por los pelos, no fuimos.

El caso es que yo comparto habitación con mi hermano y nos castigaron allí, a él sin quedar con sus compañeros de clase y yo, sin quedar con mis amigos, los libros. Como soy muy tozuda, le dije:

- Me voy a la biblioteca.

Y él me respondió:

- ¿Por dónde piensas salir, listilla?

Me dijo, ya que estábamos encerrados. Y yo sin pensármelo dos veces, contesté:

- Por la ventana, claro.

Vosotros os lo imagináis una locura, pero es que vivíamos en una urbanización, en el primer piso. ¡Solo había medio metro de distancia al suelo! Así que salté, y mi hermano, detrás, temiendo que mamá se enfadara más si me dejaba sola.

Por eso, los dos juntos nos fuimos a la biblioteca. Eran las seis y media de la tarde y la sala cerraba dos horas más tarde. Teníamos tiempo de sobra. Jorge, mi hermano, se encontró allí a sus amigos y yo, cómo no, a los míos, los libros de aventuras. Me dio tiempo a leer unos doce libros de ochenta páginas más o menos cada uno.

El problema fue que mi hermano, cuando yo ya iba por el libro número trece desapareció con su pandilla sin acordarse de mí. Yo ni me enteré, y como no hacía nada de ruido, los bibliotecarios no se dieron cuenta de que alguien quedaba en la sala de lectura. Por eso, el portero cerró puertas y apagó luces. Yo seguía leyendo sin percatarme de nada.

Resumiendo, me había quedado encerrada. Cuando terminé mi último cuento, levanté la cabeza y me encontré totalmente sola. No había ni un alma en toda

la biblioteca. Al principio, me asusté muchísimo, pero luego me pareció una estupendísima idea quedarme a dormir en la biblioteca. Aunque, también es cierto, que no pensaba dormir... pensaba leer durante toda la noche. ¡ Fue la bomba! Y por supuesto eso es lo que hice.

Yo conocía las normas de la biblioteca: no comer, no gritar, no correr, no hacer ruido... No obstante, decidí incumplir esta última. No os enfadéis conmigo, pero como comprenderéis estaba sola en toda la biblioteca, así que empecé a leer en voz alta. Y, ¿sabéis lo que ocurrió? Pues que, al nombrar a los personajes de los cuentos, estos iban apareciendo en la sala de lectura. Así, aparecieron junto a mí, la princesa del desierto, la sirena varada, la bruja de chocolate, Aura gris... y muchos otros. Así es como la biblioteca se llenó de personajes rarísimos, y con algunos de ellos hice amistad esa noche. El reloj dio las diez de la mañana y en la sala había un barullo enorme.

Uno de los protagonistas de una novela, una mujer sabia, me dijo que había que leer los nombres de los personajes para que regresaran a las páginas de sus cuentos. Ni más ni menos, había ya mil trescientos siete después de una noche de lectura en voz alta. Como leo muy rápido, seguí su consejo al instante. Poco antes de que abrieran la biblioteca, recogí el desastre en que había quedado la sala. Y eso sí que me llevó tiempo. Se hicieron las once y media, justo a tiempo, pues comenzaban a entrar los bibliotecarios, el conserje, las señoras de la limpieza...

Yo era justa y valiente, y no me importó ir a contarle lo que había sucedido aquella noche al director de la biblioteca. Él me perdonó, fascinado por mi historia. Llamó a mis padres, que habían pasado toda la noche muy preocupados y también me perdonaron. El director premió mi noche fantástica publicando mi historia, y poniéndola en todas las bibliotecas del mundo. Y esta misma historia que os acabo de contar. Espero que os haya gustado un montón.

LA HAMBURGUESA SIN PAN

Había una vez una hamburguesa que jugaba con su amiga la patata.

La hamburguesa que tenía una casa muy grande siempre se cambiaba el pan para comer pero esa noche...

¡No tengo pan! Fue corriendo a la casa de la patata, se lo contó todo.

Investigaron, pero nada. Fueron corriendo a la casa del señor malchicha, se lo contaron todo. Investigaron, pero nada.

Fueron corriendo a la casa de la
señora bebida. Se lo contaron todo.

Investigaron, pero nada. Fueron
corriendo a la casa de la señora pizza.

Se lo contaron todo. Investigaron y...

¡pin!, bombilla encendida. La patata

había tenido una idea: ir a una

fábrica de pan. ¡VIVA, YATENGO PAN!